

Luis Tosar, de nuevo, el actor del año

‘También la lluvia’, de Icíar Bollaín, inicia su previsible carrera de premios

L. M. / Toronto
Enviado especial

Hemos llegado. Tras una temporada torrencial, todo parecía indicar que tocaba sequía. Después de un año –el 2009– con récord de taquilla; otro –el que nos asiste– cerca del desastre. Los ciclos, lo llaman, del cine español. Y, de repente, un payaso. Y, de repente, por fin, la lluvia. Primero ha sido *Balada triste de trompeta*; ahora, *También la lluvia*. Venecia y Toronto. Álex de la Iglesia e Icíar Bollaín. Los dos, eso sí, compañeros en la junta directiva de la Academia de Cine. Llueve.

También la lluvia, la nueva película de la directora de *Te doy mis ojos* es, definitivamente, la segun-

da buena noticia del año. Sobre un guión de Paul Laverty (escritor de cabecera de Ken Loach), Bollaín se ejercita en el entretenido juego de los espejos. Un director de cine viaja a Bolivia con la firme intención de rodar una película sobre el descubrimiento del continente. Una vez allí, empiezan las coincidencias y los rituales de codicia, explotación, ruido y furia vuelven a escena. El artefacto es conocido: el cine dentro del cine o, si se prefiere, la vida y el arte que se imitan con tozuda crueldad.

La idea es que nada se parezca a lo que parece. Y para eso el camuflaje de los espejos. De entrada, los papeles se reparten con

una claridad entre el pavor y la falta de riego. Con un desparpajo cerca del dolor, el espectador asiste estupefacto a un espectáculo, digamos, obvio. De un lado, el imperio del mal; del otro, las fuerzas de resistencia. Lo que no es blanco como la nieve blanca es negro como el carbón negro. Y así, las víctimas ejercen de tales y ofrecen el cuello desnudo a sus verdugos, que diría un poeta henchido.

Pero no, la idea es precisamente desnudar el rigor de la impostura, de la obviada, de la militancia ciega. De repente, entre la ficción y la realidad, entre lo que ocurre y lo que parece suceder, los personajes dejan caer las máscaras. Las vidas fingidas

y reales se cruzan, se cambian los papeles y asaltan la mirada del espectador. De eso se trata, de que el espectador acabe por formar parte de una farsa donde los culpables no son los que parecían al principio. Las víctimas, sin embargo, ésas militan siempre en el mismo lado.

De nuevo, y como en toda su filmografía, la cámara de la directora se detiene a la altura de los ojos de sus actores. La idea es seguir la evolución de cada uno de sus movimientos, de cada gesto. Y para ello, nada mejor que Karra Elejalde o, por supuesto, Luis Tosar. Sin miedo a equivocarse, se puede decir que lo ha vuelto a hacer. Si el año pasado

su *Malamadre de Celda 211* dio bríos nuevos a la voz *brutal*, éste, más comedido, se trata de ofrecer matices al vocablo *matiz*.

Malamadre era una bestia construida desde fuera, desde la necesidad de golpear en la boca del estómago, en el punto exacto en el que la respiración se corta. Esta vez, Costa-Tosar, el productor de la película, se ofrece desde dentro. Y de este modo, el espectador asiste a un prodigioso trabajo de transformación moral y, si se quiere, física. Dentro de poco, la Academia dará a conocer los candidatos a los Oscar. La lectura del acta correrá a cuenta de Tosar. Y en la lista, dos películas favoritas: *Celda 211* y *También la lluvia*. Las dos con Tosar dentro. Y fuera. Con Tosar por todas partes. Grande.

Ayer, llovió en Toronto. Dentro y fuera de las salas. Y basta de tanto símil acuático.